

# La perpetuidad del aburrimiento

—

Son las diez de la mañana. Es martes, y tras el cierre de ayer, las luces vuelven a encenderse.

Un nuevo día comienza en mi sala, y aquí estoy yo, como siempre. La Gran Esfinge de Tanis, habito este espacio que, para algunos, puede parecer un privilegio; para mí, una jaula revestida con una falsa pátina disfrazada de grandeza.

Emergen los primeros murmullos, junto con pasos en el fondo. Soy testigo de un flujo interminable de visitantes que, al parecer, nunca cambian. Llevo siglos observando al ser humano: primero bajo el cielo de Egipto y ahora bajo las luces frías de este museo. Y, aun así, la humanidad sigue siendo tan predecible... Un animal de costumbres, tan monótono como fascinante.

Entra el primer grupo, pero no me presta atención; los turistas están más pendientes de sus móviles (en el siglo anterior llegaban con sus cámaras Polaroid). Una pareja, sin embargo, se ha dado cuenta de mi presencia. Se acerca. ¿Serán originales o dirán lo de siempre? A ver si hoy tengo suerte y aparece una mente inquieta.

—¡Qué impresionante! ¡Mira qué antigua es! —dice ella.

—Es de la época faraónica —responde él, ajustándose las gafas. Sus palabras tienen un deje de autoridad, aunque claramente no sabe más allá de lo que acaba de leer en el tríptico que lleva en las manos.

—¿No te recuerda a la Gran Esfinge de Guiza? —comenta ella—. Qué maravilloso viaje el de Egipto. Todavía recuerdo cuando navegamos por el Nilo. Otra vez me han vuelto a confundir. No quiero ser egocéntrica, pero mi perfil es mejor que el de Giza. Además, yo me conservo estupendamente: mis piedras están lisas, no como las de ella, erosionada por la arena tras siglos expuesta al aire libre.

(Tal vez lo diga con envidia. Ella es libre físicamente, no está encerrada; puede ver la luna, el sol, sentir el aire en su cara).

—Es más pequeña de lo que pensaba... —murmura alguien por detrás.  
Siempre la misma frase. Me aburro, lo admito. Pasan los años, pasan los siglos; han cambiado su ropa y herramientas desde que existo, pero el ser humano sigue siendo un animal predecible, aferrado a sus rutinas. Otros vendrán, y todo será igual. Si supieran lo que pienso de ellos... ¿Quién los observa realmente? No soy yo su espectáculo; son ellos el mío.

© Pilar Sáenz

ISBN-13 979-8281849173